

XVI

EL CORAZÓN SANGRIENTO

Después de haber respondido el dueño de la taberna subterránea á la señal del Maestro de Escuela, salió á recibirle con urbanidad al umbral de la puerta.

Este personaje, á quien Rodolfo había buscado en la Cité y á quien no conocía aún bajo su verdadero nombre, ó por mejor decir, bajo su nombre habitual, era *Brazo Rojo*.

Era flaco, débil y apocado, rayaba en los cincuenta años, y su fisonomía tenía la expresión y la figura de la garduña y del ratón: la nariz puntiaguda, la barba saliente, los juanetes abultados y unos ojos pequeños, negros, vivos y penetrantes daban á su fisonomía una expresión indescribible de astucia, de sutileza y de inteligencia. Una vieja peluca rubia, ó más bien amarilla como su tez biliosa, colocada desde lo alto del cogote hasta la frente, dejaba descubierta una nuca sucia y mugrienta. Vestía chaqueta y un delantal largo y grasiento como los que usan los criados de figón.

Apenas habían acabado de bajar la escalera los tres huéspedes, cuando un niño de diez años á lo más, raquítico, cojo y algo jorobado se puso al lado de Brazo Rojo, á quien se parecía tanto que nadie podría dudar que era hijo suyo.

Tenía el mismo mirar penetrante y astuto con ese aire desvergonzado é insolente que distingue al pillo de París; tipo de la depravación precoz, y verdadero *ratón de gurapas*, como se dice en el horrible idioma de las prisiones. Una mata de cabellos pajizos, duros y tiesos como la crin de un caballo, cubría la mitad de su frente. Un pantalón castaño y una blusa gris ceñida con una correa completaban el traje del Cojuelo, así llamado á causa de la imperfección de sus miembros. Estaba al lado de su padre sobre una pierna, como un esparaván cojo á la orilla de una laguna.

— Justamente, aquí está nuestro perdiguero — dijo el Maestro de Escuela á la tuerta. — Finurita, el tiempo corre y la noche se viene encima... aprovechemos lo que hay de día.

— Tienes razón, palomo... voy á pedir el cachorrillo á su padre.

— Buenas tardes, amigo — dijo Brazo Rojo con voz de falsete, áspera y aguda dirigiéndose al Maestro de Escuela. — ¿En qué puedo servirte?

— En que vas á prestar á mi mujer tu cachorro por un cuarto de hora: ha perdido ahí cerca una cosa y quiere que le ayude á buscarla.

Guiñó el ojo Brazo Rojo, hizo una seña de inteligencia al Maestro de Escuela y dijo á su hijo:

— Cojuelo... sigue á la señora.

El odioso niño se fué cojeando á tomar la mano de la tuerta.

— ¡Amor de los amores de mi alma!... ¡este sí que es un niño guapo y listo como la pólvora! — exclamó la vieja. — ¡Suerte como la vuestra, Brazo Rojo!... ¡Ay! ¡qué diferente de mi Chillona! siempre la daba mal de corazón cuando se acercaba á mí... ¡denguera del diablo!

— Vamos, Finura, despacha pronto... ojo alerta... que aquí te espero.

— No tardaré mucho... Cojuelo, anda delante.

Y la tuerta y el niño subieron la sucia escalera.

— Finura, llévate el paraguas — gritó el bandido.

— No, así voy más desembarazada — respondió la vieja, y desapareció con el Cojuelo en medio de los vapores del crepúsculo y el triste susurro del viento en los corpulentos olmos de los Campos Eliseos.

— Entremos — dijo Rodolfo.

Y tuvo que inclinarse para pasar por la puerta de la taberna. Estaba ésta dividida en dos salas. En una de ellas había un tablero y una mala mesa de billar, y en la otra algunas mesas y sillas que en otro tiempo habían sido pintadas de verde. Dos ventanas estrechas con los vidrios hendidos y cubiertos de telarañas, daban á las piezas una luz opaca que apenas dejaba ver el musgo verde y húmedo de las paredes.

Mientras Rodolfo permaneció solo un minuto, Brazo Rojo y el Maestro de Escuela hablaron con rapidez algunas palabras y se hicieron algunas señas misteriosas.

— Beberéis un vaso de cerveza ó de aguardiente mientras llega mi Lechuza... — le digo el Maestro de Escuela.

— No... no tengo sed.

— Cada loco con su tema... Yo tomaré una copita de aguardiente — repuso el bandido; y se sentó á una mesita verde de la segunda sala.

La obscuridad se había aumentado de tal suerte, que era ya casi imposible ver en el ángulo de la segunda sala la entrada de una cueva ó subterráneo, á donde se bajaba por una trampa de dos medias puertas, una de las cuales estaba siempre abierta para la comodidad del servicio. La mesa á que se sentó el Maestro de Escuela estaba inmediata á esta caverna negra y profunda, y como la tenía á la espalda la ocultaba enteramente de la vista de Rodolfo.

Asomado éste á una ventana procuraba disimular su inquietud, y no se creía enteramente seguro con haber visto á Murph cruzar al gran trote la calle de las Viudas, recelándose que el digno *squire*¹ no hubiese comprendido la significación del lacónico billete, que no contenía más que estas palabras:

¹ Título de distinción entre los ingleses.

« Esta noche á las diez. ¡ Cuidado ! »

Resuelto á no ir á la calle de las Viudas antes de la hora señalada ni á separarse antes del Maestro de Escuela, temblaba sin embargo al considerar que podía escapársele la ocasión de poseer los secretos que deseaba adquirir. Aunque era vigoroso y estaba bien armado, tenía que habérselas con un asesino capaz de todo, y más terrible aún por su extraordinaria sagacidad... Á fin de disimular el pensamiento que le agitaba se sentó á la mesa del Maestro de Escuela y pidió un vaso por mero cumplimiento.

Brazo Rojo, después de haber dicho al bandido algunas palabras en voz baja, se puso á mirar á Rodolfo con un aire de extraña curiosidad, sardónico y desconfiado.

— Soy de opinión, mocito — dijo el Maestro de Escuela — que si mi mujer nos dice que están en casa las personas á quienes deseamos ver, podremos hacerles nuestra visita á eso de las ocho.

— Eso sería adelantarse dos horas — repuso Rodolfo — y lo llevarían á mal.

— ¿ Lo creéis así ?

— Estoy bien persuadido.

— Entre amigos no debe haber esa etiqueta.

— Los conozco muy bien, y os repito que no debemos ir antes de las diez.

— Parece que sois algo terco, mozalvete.

— He dicho mi parecer y no me moveré de aquí hasta que den las diez.

— No hay inconveniente; yo no cierro jamás mi establecimiento hasta media noche — dijo Brazo Rojo con voz femenil y chillona. — Es precisamente cuando empiezan á concurrir mis mejores parroquianos... jamás se quejan los vecinos del ruido de mi casa.

— Ya veo que es preciso avenirse á todo lo que queréis, mocito — dijo el Maestro de Escuela. — Vaya, no haremos nuestra visita hasta las diez.

— ¡ Ahí está la Lechuza ! — exclamó Brazo Rojo en ademán de escuchar y respondiendo con un grito parecido al que había dado el Maestro de Escuela antes de bajar al subterráneo.

Un momento después entró sola la Lechuza en la sala del billar.

— Todo queda listo, palomo mío... ¡ Cayeron en el garlito ! — dijo la Lechuza al entrar.

Brazo Rojo se retiró discretamente, y sin preguntar por el Cojuelo, á quien no esperaba sin duda todavía. La puerta se sentó enfrente de Rodolfo y del bandido.

— ¿ Qué hay de nuevo ? — preguntó el Maestro de Escuela.

— Por lo visto, este mozo ha dicho verdad.

— ¡ Ya lo veis ! — interrumpió Rodolfo.

— Dejad que se explique la Lechuza. Vamos, Finura ¿ qué hay ?

— Llegué al número 17, dejando en acecho al Cojuelo en un hoyo de la calle... aun era de día. Llamé á una puertecita que tenía los goznes por el lado de fuera y dos pulgadas de claro sobre el umbral. Volví á llamar y me abrieron; pero antes de llamar tuve buen cuidado de meter mi marmota en la faltriguera, á fin de que me tuviesen por una vecina de la misma calle. Luego que he visto al portero me puse á lloriquear con toda mi fuerza, quejándome de que había perdido mi Periquito, mi animalito querido, el lorito de mi corazón... Le dije que vivía en la calle de Marbœuf, que iba buscando mi loro de jardín en jardín y que me dejase entrar para ver si podía hallarlo.

— ¡ Diantre ! exclamó el Maestro de Escuela con un aire de orgullosa satisfacción: — ¡ Vale el mundo todo esta mujer !

— ¡ Por cierto que sí ! — dijo Rodolfo. Pero veamos... ¿ y después ?

— ¿ Después ? el portero me dejó buscar el animalito, y héteme aquí recorriendo todo el jardín y gritando ¡ Periquito ! ¡ Periquito ! sin dejar de mirar á todas partes para informarme bien de lo que había... Dentro de los muros — continuó la vieja — mucho enverjado, muy buena escalera; en una esquina, por la mano izquierda, un pino tan bien cortado á manera de escala, que podría subir por él una embarazada de siete meses. La casa tiene seis ventanas en el piso bajo: no tiene más piso: cuatro tragaluces de bodega sin barras ni reja. Las ventanas son de dos hojas con clavija por abajo y pasador por arriba: no hay más que apretar contra el marco, meter el alambre y...

— Y en un tris está abierta... — dijo el Maestro de Escuela.

La Lechuza continuó:

— La puerta de la entrada es de cristales, y tiene persianas por el lado de fuera.

— ¡ Cuidado... acordarse bien ! — dijo el bandido.

— No hay duda, es el mismo sitio — dijo Rodolfo: — parece que lo estoy viendo.

— Á mano izquierda — continuó la Lechuza, — cerca del patio, hay un pozo: la cuerda puede servir, porque en aquella parte no hay enverjado cerca de la pared, en el caso de que nos cortasen la retirada por la puerta... Al entrar en la casa...

— ¿ Y has entrado en la casa ?... Ya lo veis, camarada, ha entrado también en la casa... — dijo el Maestro de Escuela con orgullo.

— Por supuesto que he entrado. Como no hallaba á mi Periquito y había gritado tanto, fingí que no podía sostenerme y pedí licencia al señor aquel para sentarme en el umbral de la puerta: el buen hombre me dijo que entrase y me ofreció un vaso de agua con vino. « Un vaso de agua, le dije; un vaso de agua sola, querido señor. » Entonces me hizo pasar á la antesala... Todo está

cubierto de tapicería, y teniendo precaución no se sentirían los pasos, ni ruido alguno al caer el vidrio de la ventana que fuese necesario romper. Á derecha é izquierda puertas con cerraduras que no valen un comino y que saltarian con un estornudo. En el fondo hay una puerta cerrada con llave, que parece el alma de la casa... ¡Aquello olía á dinero! por supuesto, yo llevaba en el cesto mi cerillo...

— Ya lo veis, camarada... anda siempre con el cerillo — dijo el bandido.

La Lechuza continuó:

— Determinada á acercarme á la puerta que olía á dinero, fingí que me daba un golpe de tos tan fuerte que me obligaba á arrimarme á la pared. Al oírme toser el señorote, dijo: « Voy á poner azúcar en el agua. » Sin duda buscó una cuchara porque oí el sonido de la plata... en la pieza de la mano derecha... no te olvides, ¿ entiendes, hermoso mío? En una palabra, tosiendo y gimiendo me fui acercando á la puerta del fondo, y con cera que llevaba en la palma de la mano saqué el molde del agujero de la llave como quien no quiere la cosa... Ahí tienes el molde... Si no sirve hoy servirá otro día... Ahora nos diréis si aquella es ó no la puerta del cofre fuerte — añadió la tuerta dirigiéndose á Rodolfo.

— Justamente, allí está el dinero — repuso éste; y dijo para sí: « ¡ Luego Murph se dejó engañar por esta bruja detestable! ¡ imposible! Hasta las diez no espera ser acometido, y entonces habrá tomado las precauciones necesarias.

— Pero todo el dinero no está allí — continuó la Lechuza echando fuego por el ojo verde. — Al acercarme á las ventanas haciendo que buscaba mi loro, he visto algunos talegos de escudos sobre el escritorio de uno de los cuartos que hay al lado izquierdo de la puerta... Los he visto tan claro como te estoy viendo, mi amor... Había más de una docena.

— ¿ Y el Cojuelo? — dijo bruscamente el Maestro de Escuela.

— Metido en su agujero... á dos pasos de la puerta del jardín... De noche ve como un gato. Como no tiene otra entrada el número 17, cuando vayamos nos dirá si ha llegado alguna persona.

— Bien está... dijo el Maestro de Escuela.

Y apenas hubo pronunciado estas palabras, cuando se arrojó de improviso sobre Rodolfo, y asiéndolo por el cuello lo precipitó en la cueva que estaba abierta detrás de la mesa...

Fué tan súbito, tan inesperado y vigoroso este ataque, que Rodolfo no tuvo tiempo para preverlo ni evitarlo. La Lechuza dió un grito de espanto, aunque no vió el resultado de esta lucha momentánea; y luego que cesó el ruido que hizo el cuerpo de Rodolfo al caer por la escalera, el Maestro de Escuela que conocía bien los subterráneos de la casa, bajó lentamente á la cueva aplicando el oído con sumo cuidado.

— ¡ Mira como vas, amoroso!... ¡ cuidado! — gritó la horrenda tuerta inclinándose sobre la trampa. — ¡ Saca el *churí*!

El bandido desapareció sin responder una palabra. Ningún ruido se oyó al principio; pero al cabo de algunos instantes resonaron en el fondo de la cueva los goznes de una puerta, y todo volvió á quedar en silencio.

La obscuridad era completa. La Lechuza sacó del cesto un fósforo, lo encendió y extendióse por la sala una lúgubre claridad.

Salía en aquel momento por la trampa el rostro monstruoso del Maestro de Escuela... La Lechuza no pudo contener una exclamación de espanto al ver aquella cabeza pálida, llena de costurones, horrible, con los ojos fosfóricos, que parecía arrastrarse por el suelo en medio de las tinieblas alumbradas apenas por la moribunda luz del cerillo... Algo recobrada la vieja de su primera sorpresa, gritó con cierto aire de maléfica adulación:

— ¡ Qué espantoso debes ser, amor del alma, cuando me distes miedo... á mí!!!

— Pronto, pronto... á la calle de las Viudas — dijo el bandido echando una barra de hierro á la puerta de la trampa: de aquí á una hora no será ya tiempo. Si es un lazo que nos quieren tender, aun no está armado á estas horas... si no lo es, bastamos para dar el golpe.

XVII

LA CUEVA

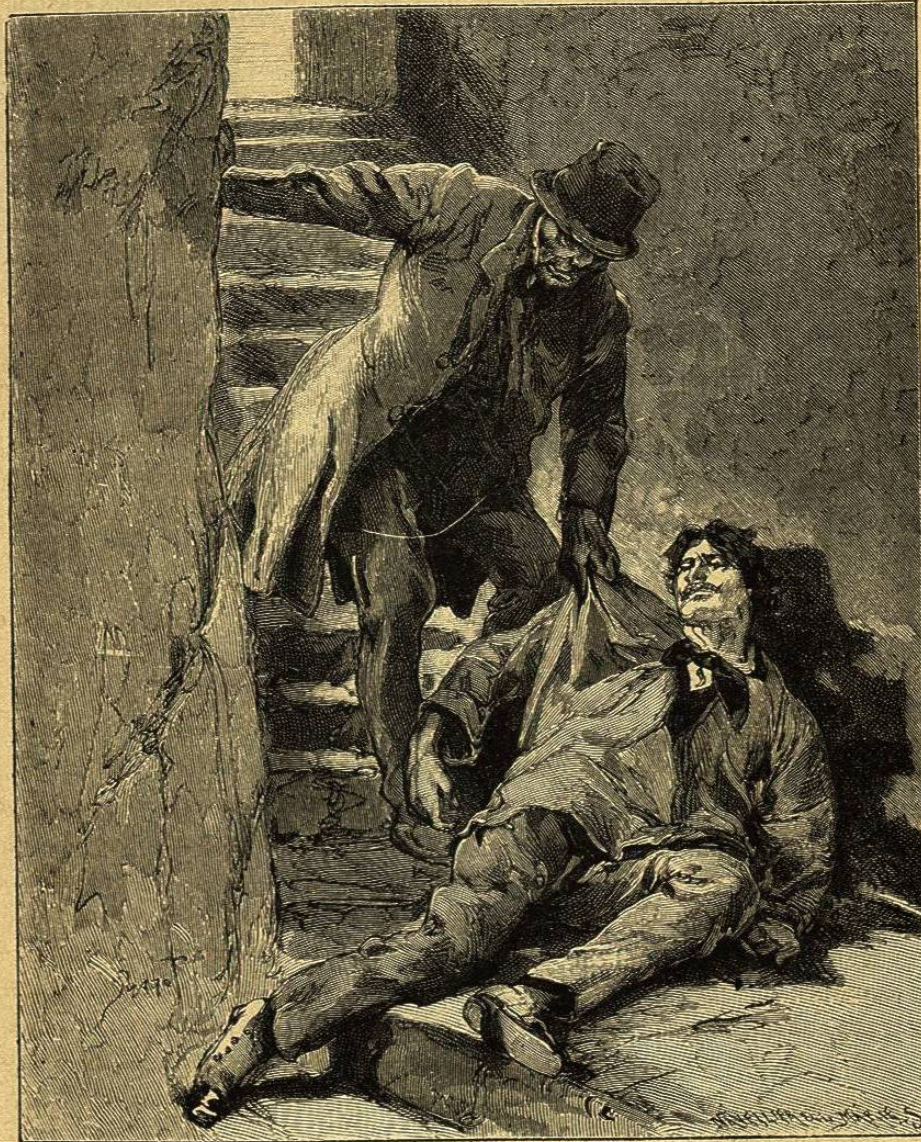
Rodolfo quedó sin sentido ni movimiento al pie de la escalera del subterráneo: tan violenta y repentina fué la horrible caída. El Maestro de Escuela le arrastró hasta la entrada de otra cueva mucho más profunda, le arrojó en ella y la cerró corriendo los cerrojos de una puerta maciza forrada con barras de hierro. Subió en seguida para ir á hacer un robo, ó acaso un asesinato, en la calle de las Viudas.

Volvió en sí Rodolfo al cabo de una hora y se halló tendido sobre tierra y rodeado de densas tinieblas. Antes de levantarse alargó la mano para reconocer los objetos que había alrededor y tocó los pasos de una escalera de piedra, mas habiendo sentido en los pies una viva impresión de frío, acudió también á reconocer la causa y vió que los tenía metidos en un charco.

Hizo un esfuerzo violento para levantarse del suelo, y consiguió sentarse en el último paso de la escalera; dispuso poco á poco su aturdimiento, y por fortuna ninguno de sus miembros se había fracturado. Se puso á escuchar, pero nada oyó... nada más que un ruido sordo y continuo, cuya causa no pudo adivinar en aquel momento.

Al paso que iba recobrando los sentidos se agolpaban en su memoria las cir-

cunstancias de la sorpresa de que había sido víctima, y estaba ya para combinar todos los recuerdos de aquel accidente, cuando percibió de nuevo que



El bandido desapareció sin responder una palabra.

tenía los pies en el agua. Inclínose otra vez y notó que el agua le subía ya hasta el tobillo.

Entonces comprendió la causa de aquel ruido sordo y continuo que no había dejado de oír un instante en el profundo silencio de la cueva... el agua invadía

el subterráneo. La creciente del Sena era extraordinaria, y la cueva se hallaba más baja que el nivel del río.

Este peligro despertó completamente á Rodolfo de su letargo, y subió como un relámpago á lo más alto de la escalera. En el último paso tropezó con una puerta cerrada que en vano intentó abrir, pues permaneció inmóvil sobre sus goznes.

En situación tan desesperada la primera voz que articuló fué para llamar á Murph.

— Si no está con precaución, ese monstruo le asesinará... y soy yo — dijo en alta voz — ¡y yo seré la causa de su muerte!... ¡Pobre Murph!

Esta idea cruel llevó á su colmo la exasperación de Rodolfo. Apoyado con los pies en el segundo paso, encorvado el cuerpo y asido á la puerta con las manos, hizo esfuerzos prodigiosos sin imprimirla el menor movimiento... Bajó otra vez á la cueva para buscar algún madero que sirviese de palanca, y en el penúltimo escalón pisó dos ó tres cuerpos redondos y elásticos que se movían debajo de sus pies: eran ratones que el agua había echado de sus agujeros. Después de haber recorrido á tientas toda la caverna sin poder hallar ningún objeto que sirviese á su designio, volvió á subir lentamente la escalera sumergido en la más profunda desesperación.

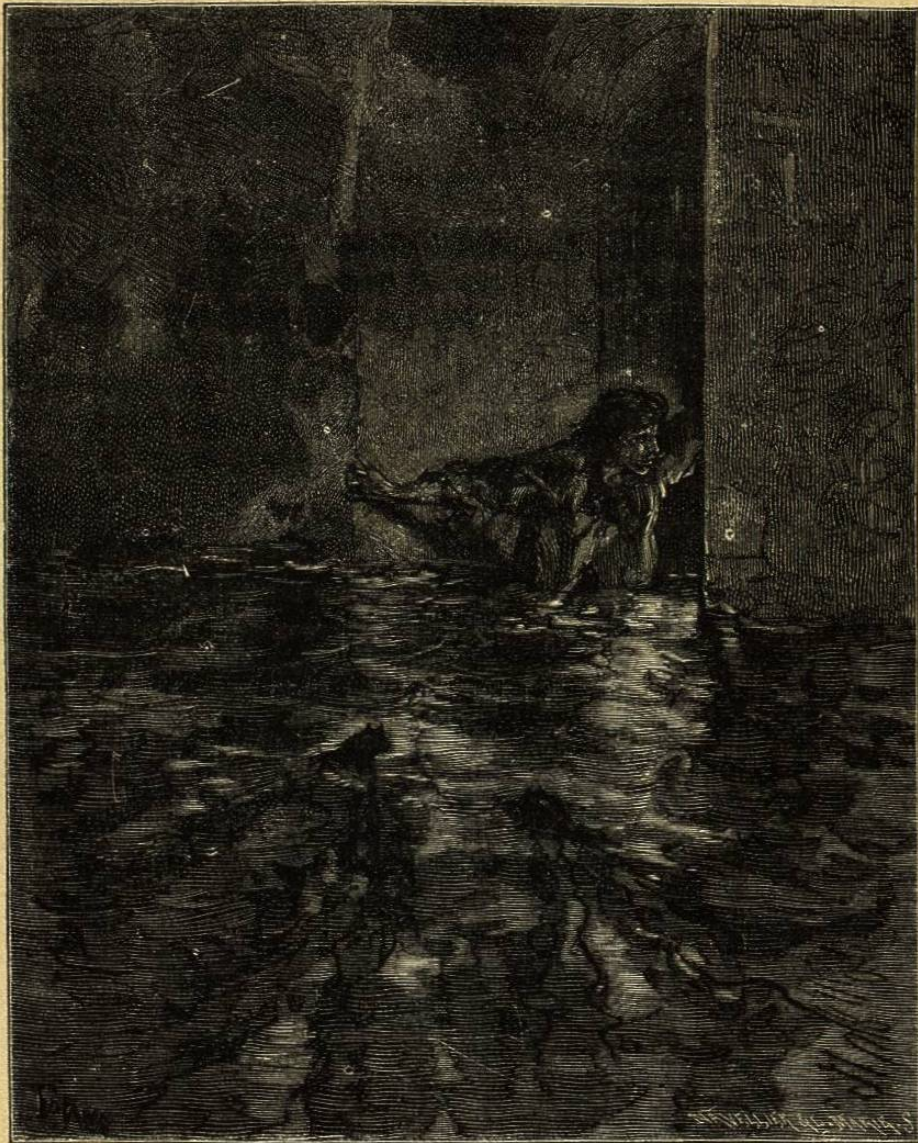
Contó los escalones, que eran trece, de los cuales se habían anegado ya tres. ¡Trece!... Hay ocasiones en que el ánimo más firme se deja dominar por ideas supersticiosas, y Rodolfo consideró este número como un funesto presagio. La suerte posible de Murph volvió á asaltar su imaginación. Buscó alguna abertura entre el suelo y la puerta, pero la humedad había hinchado de tal modo la madera que estaba herméticamente unida al suelo.

Rodolfo gritó con todo su aliento por ver si su voz llegaba á los huéspedes de la taberna: en seguida se puso á escuchar... pero nada oyó más que el mismo ruido, débil y continuo del agua que llenaba la cueva por momentos.

Sentóse de espaldas á la puerta fatigado y rendido, y lloró por su amigo cuya vida peligraba acaso en aquel momento ante un puñal asesino. Se arrepintió de sus proyectos temerarios, por más generoso que hubiese sido el motivo. Desgarrábale el corazón la memoria de los servicios y de la fiel adhesión de Murph; de aquel amigo leal, que aunque rico y colmado de honores había abandonado á una esposa y á un hijo queridos para auxiliarle en la temeraria expiación que había resuelto imponerse.

En pie junto á la puerta, tocaba con la cabeza á lo alto de la bóveda. El agua crecía sin cesar... sólo quedaban libres cinco escalones, y podía calcular el tiempo que debía durar su agonía. Era una muerte lenta, muda y espantosa. Acordándose de la pistola que llevaba consigo, determinó dispararla contra la puerta á quema ropa por ver si conseguía moverla... Buscó el arma, pero no

la encontró pues la había perdido durante su breve lucha con el Maestro de Escuela. Rodolfo hubiera esperado con serenidad la muerte á no tener fijo su pensamiento en la suerte de Murph. Si había cometido algunas acciones re-



El aire empezaba á fallar y Rodolfo sintió los primeros síntomas de la asfixia.

presibles, Dios era testigo del bien que había hecho y sabía también el que se proponía hacer aún. Sin quejarse del fallo supremo, veía en su destino el justo castigo de una acción criminal que aun no había expiado... Un nuevo suplicio

vino á poner á prueba su resignación. Los ratones, arrojados por el agua de sus madrigueras, fueron subiendo de escalón, en escalón, porque no hallaban por donde salir, y asaltaron los vestidos de Rodolfo, el cual se llenó de horror al sentir por su cuerpo las patas heladas de aquellos velludos animales... Quiso arrojarlos de sí, pero le mordieron y ensangrentaron las manos. Volvió á gritar; pero nadie le oyó... Dentro de pocos instantes no podría articular una sola voz porque el agua le llegaba ya al pescuezo y muy pronto le cubriría la boca.

El aire empezaba á faltar, y Rodolfo sintió los primeros síntomas de la asfixia: latían con violencia las arterias de sus sienes, desvaneciasele la cabeza y se acercaba el instante de morir... El agua entró en sus oídos con funeral ruido y todo empezó á girar alrededor de él. El último destello de su razón iba ya á oscurecerse cuando oyó á la puerta de la cueva pasos precipitados y el sonido de una voz.

La esperanza reanimó su espíritu desfallecido, y reponiéndose con una enérgica reacción del ánimo, pudo oír distintamente estas palabras:

— Ya lo ves, aquí no hay nadie.

— ¡Rayo... es verdad! — exclamó con triste voz el Churiador.

Y los pasos se alejaron.

Rodolfo, sin fuerzas ya ni sentido, no pudo sostenerse y resbaló por la escalera.

Abrióse de repente la puerta hacia fuera, y el agua del subterráneo salió por ella como por la compuerta de una esclusa. El Churiador que había vuelto atrás (luego diremos por qué), cogió por los brazos á Rodolfo, que tendido y medio ahogado se mecía á uno y otro lado con un movimiento convulsivo en el umbral de la puerta.

XVIII

EL ENFERMERO

Rodolfo, salvado de las garras de la muerte por el Churiador, y conducido á la casa de la calle de las Viudas, la cual había explorado la Lechuza antes del asalto del Maestro de Escuela, se hallaba acostado en una habitación bien amueblada. En la chimenea resplandecía un vivísimo fuego, y un quinqué puesto sobre una cómoda derramaba su luz por todo el aposento. Solo el lecho de Rodolfo estaba en la obscuridad, rodeado de densas cortinas de damasco verde.

Un negro de mediana estatura, de cabello y cejas blancas y con una cinta verde en el ojal del frac azul, tenía en la mano izquierda un reloj de segundos, en el cual fijaba la vista mientras contaba con la derecha los latidos del pulso de Rodolfo.